

Testimonio



Apuntes de una escritora del interior del interior o No se puede No se puede No se puede

Siempre me gustaron hacer cosas que no se debían hacer. Cosas que de grande, supe, una escritora debe abstenerse.



A saber: leer *best sellers*; leer libros de autoayuda; folletines; leer libros sobre dietas (de la luna, del repollo, la anti dieta, como adelgazar diez kilos en diez días comiendo solo espárragos y tomando leche); libros sobre belleza (*Lifthing sin dolor: únicamente con cremas*; *Método para suprimir arrugas: la sonrisa*); y sobre todo leer a mi preferido: Coelho (recomiendo *Brida* y *El alquimista*).

Sé que los intelectuales detestan estas cosas. De ahí que me pregunte: ¿Es que no pertenezco a la categoría intelectual? ¿No? ¿Pertenece a otra? ¿A cuál? ¿Escritora únicamente? ¿O ser del interior del interior determina que me gusten ciertas cosas que los demás aborrecen? Preguntas sin respuestas.

También, debo confesarlo, me aburren soberanamente las críticas, y más que más las inentendibles: a las que hay que descifrar, y ni aún así.

Estas cosas que no se deben, empezaron hace mucho --mejor dicho hace algún tiempo-- cuando mi mamá me prohibía leer la revista *Susy*. Mi

papá ni se enteraba; si él lo hubiese sabido, yo no contaba el cuento.

Susy era un folletín de amor en episodios del cual lo más aproximado a un beso *en sus dibujitos* representaba a una mujer con la cabeza inclinada, los ojos entornados, y un muchacho mirándola con pasión. Por supuesto, y a sabiendas que arriesgaba el cuello, la leía igual, a la siesta, y escondida en el garage (*tres pecados,*

tres que no deben cometerse)

Varias veces estuve a un *trís* de morir en las garras de mi madre y que las *Susy* terminaran en el fuego de la inquisición de la parrilla del fondo. Pero fui cauta escondiéndolas debajo del colchón de mi propia cama, la cual tendía prolijamente todas las mañanas como una buena hija, antes de partir al colegio de las monjas.

Esta prohibición tan prohibida, hizo que me interesasen otros libros y que quisiera saber qué estaba escrito allí donde yo no podía acceder. Me puse a hurgar la biblioteca de papá y encontré títulos muy jugosos, desde *El Cantar de los Cantares* hasta *El Amante de Lady Chatterley*. Y atrás de todo, donde nadie podía llegar, algunos textos del Marqués de Sade.

Mi amiga, quedaba de campana cerca de la puerta para avisarme si rondaban moros por la costa. Un día se cansó: “¡Qué viva! Vos te divertís y yo me aburro”. La verdad es que cuidar no era agradable. Y no le vi más el pelo.

Tuve una idea: todas las tardes mi papá compraba el diario. “De ahora en más, si querés te lo leo”. Mi papá, imprevisible y agradecido, me dijo que pidiera un regalo. Aproveché. “Libros; pero los elijo yo”.

**Patricia
Severín**

La autora es poeta y cuentista argentina, y autora, entre otros títulos, de *Sólo de amor*.



Esa Navidad al pie del árbol estaban *La Ilíada* y *La Odisea*. No sé si alguna vez lo supo, pero los griegos marcaron mi destino. Penélope y sus pretendientes me enseñaron a tejer la trama de la vida: flirteos, aventuras, recomenzar, fidelidad, traición, guerra, paz, dioses, amores, viajes. Desterré para mi vida a un ser tan inconstante como Ulises y me juré a mí misma que no tendría nunca hijos tontos y celosos como Telémaco. Me convencí de a poco que, de los griegos hasta ahora, nada nuevo bajo el sol.

Un verano estrepitoso (de estos del norte), mi prima mayor María Lucrecia, me permitió acceder a la *piecita*. Era un altillo caliente, lleno de humo, y con dos camas revoltijeadas donde nos tirábamos a fumar y a leer con sus amigas las novelas de Corín Tellado. Nunca mi imaginación voló tan alto y tan excitadamente, por los recovecos de los abrazos, los alientos, las miradas turgentes de la pobre costurera y el Señor, o de la dama y el desgraciado carpintero. Sufrí la desesperación, la incredulidad, el desdén y la cólera.

Jamás nos descubrieron. O mejor dicho (lo supe mucho tiempo después), mi tía prefería nuestras ardientes y clandestinas lecturas antes que los peligros de la calle. De Corín Tellado a los libelos políticos hubo un solo paso: los años setenta. Caían en mis manos y devoraba con insania cuanta cosa filosófica, existencial, ensayística, aterrizaba ante mis ojos. Daba crédito a Jauretche junto con Nietzsche, Sartre, Simone de Beauvoir con Perón, Marx y Cook, Camus y Sábato.

Luego, el matrimonio me trajo otros quehaceres y otras penurias. Pasaba del libro gordo de *Doña Petrona*, a *Cómo criar los hijos para que sean perfectos*; *Cure sus enfermedades con yuyos y enemas*; *Decore íntegra su casa por doscientos pesos* y *Aplique usted misma el empapelado que nunca se caerá*. Los *best sellers* entraron a mi vida de la mano de *Los aventureros*, y el divino Harold Robbins me permitía huir de la rutina en brazos de Diógenes Alejandro Xenos, del que me enamoré perdidamente hasta casi hacer naufragar mi matrimonio.

El matrimonio naufragó igual, y por causas menos románticas. Entonces me dije: zapatera a tus zapatos, te llegó la hora. (Eso quería, eso debía.) Comencé a estudiar Letras; decidí metodizarme, ordenar mi arbitrario caos. Fue tal la compulsión por esa montaña porfiada que siempre me faltaría por leer, que día y noche, noche y día sin parar, consumía entre puchos y peleas con mis hijas, clásicos, neoclásicos, recontraclásicos, actuales, actualísimos y desconocidos.

Con la carrera comenzó mi penuria. Había decidido— en secreto— ser escritora. Cada descubrimiento era una fascinación y un bochorno. ¿Qué podía escribir yo después

de Shakespeare, Cervantes, Pavese, Lorca? *Mes mia*. ¿Qué podía escribir? Y lo que es peor, ¿cómo lo escribiría?

Cuando comencé *Letras* poetizaba más o menos de esta manera:

¿Retornarán los azules pajarillos?

¿Retornarán?

Aquellos que testigos fueron

De tu amor

De mi amor

Ésos

Ya no están.

En segundo año pasé a escribir así:

*Hombres necios, escuchad,
podeis ganar el favor de una mujer, os lo aseguro,
sin mancillar su honra
hasta la eternidad.*

En tercer año versificaba:

*Veinte poemas de amor
titilan a lo lejos*

*y una canción errante, casi desesperada
me indica que callas porque estas como ausente.*

En cuarto año termine escribiendo así:

*Entonces el otro vagó sin saberlo por los
laberintos de los sueños en donde había tantos
espejos que soñaba el sueño que no había soñado
que podía soñar que soñaba.*

Terminé *Letras*. Comencé el *Taller literario*. Porfié, me enfurecí, me descalifiqué, acerté, me descarrié, me tranquilicé. Corregí, corregí, corregí, corregí. Al tiempo pude notar que **Yo** ya escribía como **Yo**. La primera vez me asusté: ¿de dónde había salido **eso** que no reconocía antecedente?

La Profesora del Taller con mucha paciencia me explicó, ante mi asombro, que recién de esa manera andaría por buen camino. Que nada sale por ciencia infusa, que somos el último eslabón que se viene gestando de toda la historia de la literatura y que los temas son siempre un puñadito. El quid de la cosa está en la forma y en el estilo. Allí está la audacia. El blanco a dónde apuntar. Me citó a Bioy: “*Para lograr originalidad basta con ser uno mismo*”. Repitió: el ojo de un tercero es imprescindible: si dos ojos ven más que uno, cuatro ven mucho más que dos. El ojo del que no está involucrado en tu escritura. Siguió con Bioy: “*para escribir bien hay que escribir mucho, pensar, imaginar, leer en voz alta lo que uno escribe, hay que acertar, hay que equivocarse, que corregir las equivocaciones, descartar lo que sale mal*”.

Ni me atrevía a musitar que había descubierto el erotismo (no se debe): Anais Ninn, *La sonrisa vertical*, Maria Luisa Lerer. Y escribir, digo ¿escribir el erotismo?

¿Tampoco se debe? Aquí la profesora del Taller fue terminante: “Déjate de embromar; el erotismo las mujeres lo viven y lo escriben los hombres. Nosotras hablamos de otras cosas”. ¿Qué cosas? Preguntas sin respuestas.

Para hallarlas me zambullí en los libros de autoayuda: *El poder está dentro de ti*; Louise Hay y *Cómo sanar su vida*; *La enfermedad como camino*; Jorge Bucay y sus *Cuentos para pensar*; *Insight*: para descubrir lo que sé que está, pero no sé cómo es. Aprendí, tal cual lo dice *El Principito*, que las cosas más obvias son las que están delante de nuestros ojos y no podemos ver.

Luego de todo este inmenso tiempo que invertí en lecturas, me dicen --como decía mi mamá cuando yo era chica-- que determinados libros, no. Vociferan ásperamente que los de autoayuda, en realidad, atontan, alienan, dicen mentiras, son comerciales y, encima, están pésimamente escritos. Los intelectuales los abominan. Debo callárme esta flaqueza. Pasaré vergüenza propia --*altroque*-- y nunca más me invitaran a disertar en un Encuentro de Escritores en la provincia de Corrientes.

Cuando pueda darle forma final a estos apuntes, pondré que sólo leía todo *eso* a solas, preferentemente escondida en el baño, y tapaba las tapas (valga la cacofonía) con otros libros como Foucault o Borges, no vaya a ser que mis hijas los descubrieran y se los llevaran (como hacen con mis mejores pulóveres)

Hubo un lapso en que dudé.)Me habrían convencido? Entonces dejé de leer *eso* y empecé con fervor a desentrañar a las mujeres escritoras.

La autoayuda me introdujo en la ayuda, lo que desembocó en el espacio de las féminas ¿Qué escribían las otras? Isabel Allende, Marcela Serrano, Angeles Mastretta. ¿Y las otras? Alejandra Pizarnik, Sara Gallardo, Clarisse Lispector, Mercé Rodoreda, Armonía Somers. Una larga lista. Un largo camino. *¡Mai vis cosa parei!* (Disculpen el piemontés.) Desde Congresos, Encuentros, Crítica Especializada, me bombardean con estos juicios: la Allende copia a García Márquez; su realismo mágico es decadente. Ángeles Mastretta se subió al caballito de la Revolución Mexicana y las mujeres, y desde allí *la tema*; Marcela Serrano --¡¡Ay!! Marcela Serrano-- aprovecha las circunstancias, es cursi, comercial, frívola. No hay que tomarla como ejemplo, menos literario. Sí, Virginia Wolf, Patricia Higsmitth, Margueritte Yourcenar. Pero yo quiero también leer a las otras. “No, a las otras NO. Aquí está lo que hay que leer, esta lista que dice Ranking de los más vendidos: NO. Estos de no ficción: NO; ensayos políticos, *best sellers* NONES”

Intuyo cierto tufillo envidioso en los éxitos ajenos. Yo quiero leer lo que me gusta, lo que me raspa, lo que entibia, lo que se me da la gana, qué caray. No se debe, No se

puede, No se hace. Ni dogmas, ni cadenas, ni credos. Sólo acertijos, dudas.... y el camino.

La lectura es siempre la lectura, me digo. Claro que si es literatura: mejor; si es bello estéticamente: mejor. A mí siempre, y perdonen, me aburrió *El Quijote* en castellano antiguo, o el *Ulises*, y perdonen otra vez.. Sería una falluta si dijera otra cosa ¿Qué pasa cuando hay buenos libros que no nos gustan? *La condición humana*, *La Regenta*: leemos tres páginas y estamos pensando en cómo sacar la mancha de la camisa o lo que me olvidé de decirle al plomero. Entonces a empezar de nuevo, y otra vez y otra vez, sin poder avanzar. Mi experiencia susurra: si un libro te hace crecer algo así como un bostezo, hay que cerrarlo. ¿Saben qué cantidad de otros bellos libros que aún no hemos encontrado están ahí, esperándonos? Para que alguien huya despavorido a enchufar el hipnótico, obliquenlo a leer un libro anoréxico. Si es tan efimero el *best-sellers*, para qué maltratar su lectura. La alegría de leer es contagiosa.

Otras veces --suele suceder--, aún no es *el tiempo* de disfrutar ese texto que encontramos o que nos encuentra. Me pasó con García Márquez. No podía ni ver *Cien años de soledad*. Un día planeó sobre mis manos *El amor en los tiempos del cólera* Bseguramente algo menor en la narrativa de Márquez. Sin embargo, tal fascinación me provocó esta novela que de ahí en más leí todo García Márquez sin parar y lo amé para siempre.

Pero el *boom* fue allá lejos y hace tiempo. El nuevo milenio nos trae jovenzuelos --casi púberes-- que se instalan en los primeros puestos y escriben de maravillas. (¡Ojo!, dije jovenzuelos, no jovenzuelas.) Al lado de los nombres de Gonzalo Garcés, Ethan Canin, Brizuela, Mazal, Martínez, sólo encontré el de una jovencita --y para más china--: Ying Chen. Como los chinos son tantos, deduje, que una para romper la regla estaba bien. Quizá las



Parte de los participantes en la actividad de clausura.

otras jovencitas se estarán dedicando, ¿a qué?, a ser ¿top model? ¿criar hijos? ¿parar la olla? Preguntas sin respuestas.

No quiero que piensen que mis palabras cargan resentimiento. Parezco un anuncio de periódico: ex ama de casa, ex cocinera, pero no ex proveedora de bienes materiales, debe laborar tiempo completo y restarle horas a la madrugada y a la siesta para sentarse frente a la compu. Porque ésta, al fin y al cabo, también es la liberación de la mujer: trabajar el triple, ganar la mitad y seguir en el ostracismo. Si no fuese escritora me dedicaría al jardín. Con seguridad. O a la cocina.

Pero soy escritora y el tiempo se va tan rápido pensando palabras, buscando otras, vistiendo y desvistiendo ideas. Nada de travestismo. Si, el vértigo impaciente del *strep-tease* antiguo, el original, el de antes. De quitar con sutileza, de poner transparencias y amortiguar los fuegos. De toda la maraña, encontrar la palabra que calce justo, el guante para los cinco dedos. Sí, el tiempo se va tan rápido... Que no importa, dice una mentalidad positiva; que el dos mil es requetelargo, y que gracias a la antidieta, quizá puedas vivir más que Juan Filloy.

En todo caso, estos apuntes seguramente carecen de exactitud, porque una no se puede sustraer a la ficción. Y aunque no quisiera nombrar a Vargas Llosas --le recrimino su incontinencia, digo, inconsistencia ideológica--, ha dicho unas palabras muy exactas:

Mi vida privada ha nutrido mis obras, como es el caso de todos los escritores: la invención pura no existe. La invención es siempre un fantaseo a partir de las imágenes de la memoria. Yo no hubiera podido escribir nada si no hubiera vivido ciertas experiencias, si no hubiera conocido ciertas personas, si no hubiera oído o leído ciertas cosas. Esa experiencia siempre ha sido un punto de partida, no un punto de llegada.

Descarriada. Me dicen. Y obstinada. Con mucho de arrebatado y un tanto de anhelosa. Y que esto no es bueno. Que me traerá pesares. Pero una es como es, y la literatura es como una.

Glosario:

Mai vis cosa parei: nunca he visto cosa semejante

Mes mia: me parece

Altroque: (sin traducción)



Variaciones para guitarra en celo



Augusto
Berengan

El autor es un poeta argentino.

Ahora recuerdo / que apenas yéndome de Jujuy / --por Perico del Carmen-- / y a un costado del camino / he visto a una bandada de palomas / perderse entre las paredes derruidas / de un horno de ladrillos / olvidado /

Del regreso / y como una luz que no se apaga / alumbro la visión de un jinete / --con cierto valor antropológico / llevando de tiro a un caballo oscuro / semiculto entre esa isleta / de pastizales desteñidos / A la vuelta: sólo agua / tierra presentida / Todo esto confundido con el dramático son / de un walambao (antiguo barracón) / casi oradado por el coro de Las Misiones / Y luego, una construcción de madera / a medio techar / semiculta por una avenida de palmeras / y tres niñas rubias con sus vestidos claros / estrujados por el viento / en el sur de Misiones y a un costado del camino / y muy cerca una tumba anónima / coronada por una bandera argentina / sacudiéndose, ya casi desgajada /

Eso he visto / y he visto una bandada de patos blanquísimos / brillando sobre una aguada oscura / y una casa con frente de cal immaculado / y con letras agrisadas / carnicería *El lazo* y almacén *El Boquerón* / y un rancharío / sembrado como al boleó / justo donde las carencias / incendian el mejor paisaje / y un perro hermoso y atigrado / rameando su vientre sobre el gramillal en sombras / junto a una tranquera / Y dentro del ómnibus, a mi lado / una mujer con un niño en brazos / insistiéndome por un tal Vargas --tocador de bandoneón-- / y ferroviario, quizá por Jujuy / y Elton John / dejándose oír apenas desde una vieja balada /

Pero hay más / por eso pienso en la señora de Virasoro / bailando tan dignamente una zamba / con Octavio Cejas, tucumano / y la chimenea soltando sus timbales / de leña flameante /

Todo esto / fundamenta un viaje tan largo y fatigado / Y crucé de nuevo el Paraná / siempre inmenso y solo, como un bramadero / e hinchados nubarrones a lo lejos /

Pero ya basta: / sólo decir que / de vuelta por Perico del Carmen / he visto de nuevo / aquel horno de ladrillos / ahora, sin la bandada de palomas / en sus adentros / Ya no era lo mismo / y yo era otro / Sólo los cerros, inmutables tras la bruma / Y mi guitarra oscura / como una mujer secreta / esperándome / más callada que cuando al dejarla / para ir a Misiones / no presentíamos que iba a concertar /